

G. LORA

**LA
BUROCRACIA
SINDICAL**

La Paz Bolivia

1984

Índice

Capítulo I

La defensa necesaria de la COB	3
--------------------------------	---

Capítulo II

La burocracia obrera	9
----------------------	---

Capítulo III

Emergencias de la burocratización	15
-----------------------------------	----

Capítulo IV

La situación de la COB	24
------------------------	----

Advertencia obligada	32
----------------------	----

"...ha surgido allí (en Occidente) una capa mucho más fuerte que en nuestro país de aristocracia obrera profesional, mezquina, egoísta, desalmada, ávida, pequeñoburguesa, de espíritu imperialista, comprada y corrompida por el imperialismo (Gompers, Jouhaux, Henderson, Merrheim, Legien y Cia...)". (Lenin).

Capítulo I

La defensa necesaria de la COB

La Central Obrera Boliviana, que vino al mundo el 17 de abril de 1952, constituye una organización de masas, en cuyo seno es evidente la preeminencia y dirección de la clase obrera. Tal la tradición. En esta medida importa el punto culminante del largo trabajo de reorganización del movimiento sindical boliviano, que en el pasado era básicamente artesanal, tanto por su estructura como por su ideología, y cuya expresión más acabada fue la stalinista Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia (la CSTB participó del bloque político conformado por la rosca y el PIR stalinista, entre 1943-1946).

No se trataba de una cuestión estrechamente gremial, de adoptar tal o cual forma organizativa, sino de un problema político: los sindicatos no vislumbraban la estrategia propia del proletariado (revolución y dictadura obreras) y, por esto mismo, concluían repitiendo la política de la clase dominante. Cuando se lanzó la consigna de la reorganización del sindicalismo, que, por extrañamiento que parezca, importaba la efectiva reintegración al movimiento obrero de los trabajadores mineros que ya estaban organizados, fue hecho un trascendental planteamiento político en sentido de que las masas debían organizarse y movilizarse dentro de la perspectiva de la revolución proletaria y de la alianza obrero-campesina. Este programa político transformó a la clase, que fue liberada de su servidumbre frente a la burguesía. La burocracia sindical se esmera en echar tierra a esta etapa importantísima de la formación de la clase; se consuela con la especie de que la Central Obrera Boliviana cayó del cielo por obra y gracia de algún burócrata ignorante y osado.

Como nadie ignora, fue la "Tesis de Pulacayo" la que planteó la urgencia de esa reestructuración.

2

Durante el sexenio rosquero, los que incansablemente batallaron para poner en pie a la Central Obrera Nacional no ocultaron su propósito de materializar una de las consignas centrales del documento programático de los mineros y cuya efectivización habría importado un serio revés a la reacción. Si dicho esfuerzo se vio frustrado fue principalmente por la actitud oscilante asumida por los fabriles, pues ya otros importantes sectores obreros (mineros, gráficos, etc.) se movían como Central Obrera

Nacional (CON).

Ni duda cabe que la nueva organización, en caso de haber prolongado su existencia por más tiempo, habría seguido los lineamientos del sindicalismo revolucionario: lograr que los sindicatos actúen como poderosos canales de movilización de las masas hacia la victoria de los objetivos estratégicos de la clase obrera. Tal era la línea política imperante en ese entonces y que sacudió las entrañas mismas del país.

Si en ese entonces lograba consolidarse la CON es claro que habría adquirido inconfundibles rasgos sindicales y no soviéticos, como sucedió más tarde con la Central Obrera Boliviana. No debe olvidarse que se buscaba plasmar su estructuración a través de discusiones y acuerdos entre confederaciones y federaciones, es decir, de negociaciones cupulares y no como consecuencia de la imposición de las masas convertidas en dueñas de la calle. El desarrollo político impuso ese método organizativo, no fue deliberadamente elegido por tal o cual dirigente o activista. Pese a todo, esta experiencia, profundamente penetrada por la política revolucionaria desarrollada en ese entonces, fue uno de los elementos que contribuyó a la conformación posterior de la Central Obrera Boliviana y también a la fijación de sus características de mayor importancia.

La CON habría sido, reflejando la estructura de las federaciones y confederaciones sobre las que comenzó a asentarse, una expresión del frente único de clase.

3

Cuando se sostiene que la Central Obrera Boliviana nació con inconfundibles rasgos de consejo popular (soviético) o cuando algunos críticos subrayan que la "Tesis de Pulacayo" se inspiró en el Programa de Transición redactado por León Trotsky o que sigue de cerca algunos de los pasajes de dicho documento, los enemigos del movimiento obrero y que se presentan como profesionales de la xenofobia -una expresión retrógrada y fascista del nacionalismo- se apresuran en lanzar la especie de que se trataría de un movimiento extranjerizante, extraño a la realidad del país y subvencionado quién sabe por qué potencia.

La COB sintetizó y superó todas las luchas e historia de los movimientos sindical y socialista de las décadas anteriores, presentó perfiles inconfundiblemente bolivianos. Ni duda cabe que la presencia del marxismo como doctrina y método y del partido político empeñado en estructurar a la vanguardia de la clase como timonel revolucionario, hicieron posible la asimilación de la experiencia obrera mundial y el advenimiento al escenario nacional de la central de las masas en general, de todos los explotados. Al marxismo hay que considerarlo como el instrumento que permite conocer la realidad que se busca transformar radicalmente. La experiencia internacional de la lucha de clases no hace otra cosa que coadyuvar a la asimilación de la experiencia nativa y enriquecerla.

Dos son los rasgos inconfundibles que la herencia histórica boliviana incorpora al proceso de estructuración de las organizaciones sindicales:

a) Las reuniones multitudinarias, como expresiones de la democracia directa, distinguen la historia de las naciones autóctonas subvertidas y que en alguna forma

confluyen en los cabildos abiertos, expresión del democratismo peninsular y que utilizó como canal de expresión del movimiento de rebeldía de artesanos y criollos. La esencia de esta "democracia" en su expresión más sencilla consiste en que los dirigentes son designados por las masas más vastas y en que las decisiones de la asamblea adquieren el carácter de mandato imperativo irrevisable que debe normar la conducta de quienes se ven convertidos en caudillos o dirigentes por voluntad de los que recurren, de tarde en tarde, a ese tipo de reuniones abiertas a todos.

En los primeros años de la república, el cabildo abierto señalaba el comienzo de la subversión o el cambio profundo que era preciso introducir en la actividad política. Era germen de gobierno actuante y gozaba de ilimitados poderes, al extremo de que podía intervenir en la vida y organización del pequeño ejército de ese entonces (entre numerosos ejemplos: Belzu fue designado general por un cabildo habido en La Paz), que no era de casta y aún no se había elevado del todo por encima de la sociedad; en alguna forma concentraba a capas populares de la población y sus oficiales (Belzu, Morales, Melgarejo, Daza, etc.) expresaban no pocas ansiedades plebeyas; la lucha de clases recorría caminos insospechados para exteriorizarse. La participación de los ciudadanos en las cuestiones militares, en la supuesta y elitista democracia de comienzos del siglo XIX, se daba también a través de las guardias nacionales o cívicas, que significaban dejar las armas en las calles, en manos de parte de la ciudadanía.

Las organizaciones sindicales entroncan en ese movimiento popular y sufren la influencia de esta poderosa corriente democrática, que constituye el hilo conductor de los levantamientos populares.

La historia nos muestra ejemplos de la manera terca en la que los afiliados a las organizaciones laborales combaten los esfuerzos que hacen algunos dirigentes por estrangular la voluntad de las bases y por burocratizar prematuramente a aquellas.

b) La opresión nacional ejercitada por el imperialismo y más concretamente por el norteamericano, es palpable no solamente por la brutalidad con la que se ejerce, sino porque se traduce en diferencias en el pigmento de la piel y en la vestimenta de los habitantes. El gringo, explotador, angurriente y brutal en su trato despectivo y discriminatorio frente a la población autóctona (nuestro proletariado entronca en ella de manera vital), personifica al imperialismo saqueador y opresor. Para los bolivianos de antes y de ahora el gringo es el opresor foráneo. De manera instintiva o consciente, las masas explotadas y particularmente el proletariado, saben que la Bolivia plebeya, invariablemente traicionada y vendida por sus gobernantes y dirigentes políticos, siempre ha estado frente al opresor foráneo; el pueblo es un pueblo antiimperialista, que sabe perfectamente que sufre miseria porque todas las riquezas y el producto del trabajo de los obreros son llevados al exterior y que sirven para cimentar el bienestar económico de las grandes metrópolis. Esta actitud popular, en la que entronca el sindicalismo y aparece pletórica de orgullo nacional, contrasta con el servilismo feudal-burgués frente a Londres o Washington o el rastacuerismo del nacionalismo burgués, que invariablemente acaba de rodillas ante las grandes metrópolis sojuzgadas.

Inclusive entre los políticos de la clase dominante se usan los términos de vendepatria y entreguista para dar a entender que los gobiernos de turno se han abandonado en cuerpo y alma en brazos del imperialismo.

Las masas en general luchan por verse libres de la opresión extranjera y si no logran su objetivo es únicamente por la traición de los politiqueros burgueses, a veces eficazmente secundados por los burócratas sindicales. La opresión nacional se acentúa en gran medida porque la clase dominante ha demostrado su total incapacidad para emancipar al país y emanciparse ella misma de la opresión extranjera: los gobernantes de turno pignoran la soberanía del Estado burgués a vil precio. En manos de los regímenes burgueses los empréstitos internacionales, el canal preferido que actualmente recorre el capital financiero para apoderarse de los puntos vitales del país, pese a la nacionalización de las minas y del petróleo, sirven para agravar la entrega del país al extranjero y no para impulsar su desarrollo.

El sindicalismo boliviano en ningún momento ha dejado de ser antiimperialista, ha permanecido fiel a la tradición boliviana. Los esfuerzos de las centrales laborales norteamericanas para lograr asentarse en algunos sindicatos bolivianos han fracasado, porque estas organizaciones se resistieron a cooperar con la burguesía opresora de los Estados Unidos, como lo hace la AFL, por ejemplo. También ahora fracasarán los trabajos que realizan algunos dirigentes traidores buscando eliminar el sentimiento antiimperialista de los sindicatos del país. No puede concebirse mayor ultraje que la existencia de sindicatos controlados por los yanquis.

Uno de los defectos del movimiento obrero consiste en su ninguna información acerca de la naturaleza de las organizaciones obreras de otras regiones y particularmente de las grandes centrales que funcionan en las metrópolis del capital financiero. Tiene que acabarse con esa especie de neutralismo frente a las grandes corrientes del movimiento obrero internacional. La viveza criolla puede beneficiarse momentáneamente sacando pequeñas ventajas a unas y otras, a moros y cristianos, pero así se hace un gran daño a los trabajadores, porque se contribuye a desorientarlos con referencia a los objetivos e intenciones de tal o cual tendencia.

Hay que decir con toda claridad que en el mundo no hay corrientes independientes y que los que no luchan abiertamente por una sociedad sin clases, sin oprimidos y opresores, están definitivamente enfeudados al imperialismo, que son sus sirvientes y que su política secunda los planes colonialistas, inclusive del belicista Reagan. Las confederaciones y federaciones tienen que ser necesariamente antiimperialistas.

4

Los sindicatos en general y, por tanto, las centrales por ramas de producción y nacionales, son organizaciones de masas, propias de la clase obrera, aparecen en nuestra época, de la misma manera que el partido revolucionario y los órganos de poder. En esta medida su existencia constituye importantísima conquista y el marco adecuado para la lucha en defensa de los intereses fundamentales de los explotados y la actividad revolucionaria encaminada a ganar a las masas para las posiciones anti-burguesas.

Estas organizaciones son patrimonio de la clase, de las masas y no propiedad de las camarillas de dirigentes ocasionales. Tales los fundamentos que obligan a defender intransigentemente la integridad de las centrales, como la COB, por ejemplo, y de los sindicatos en general. Esta defensa comprende el rechazo de las arremetidas de la reacción, que no trepida en lanzar a sus bandas fascistas buscando destruir

físicamente a las propias organizaciones y a sus dirigentes; la respuesta en este caso no puede ser otra que la constitución de piquetes de autodefensa, que es una forma de defender físicamente a la misma clase; al mismo tiempo hay que defender a las organizaciones de los intentos que se hacen para convertirlas en feudos de las camarillas burocratizadas, lo que puede lograrse luchando por el retorno a la vigencia irrestricta de las normas de la democracia sindical; en fin, hay que preservar el capital de los principios y tradiciones revolucionarios, que es una forma de evitar que los sindicatos acaben como agencias de la política burguesa o imperialista.

Una defensa bien entendida de los sindicatos y de sus organizaciones centralizadas supone una incansable lucha en favor de una efectiva democracia, vale decir, del respeto irrestricto a la voluntad de las bases, una sistemática batalla contra el constante peligro de la burocratización. Los dirigentes que creen que los sindicatos son sus haciendas privadas y que nadie más puede aspirar a las direcciones, se esmeran en hacer creer que toda la campaña contra ellos es ya una campaña antisindical. Esos malos dirigentes no defienden a la organización obrera, defienden sus privilegios.

Precisamos sindicatos que desarrollen una política revolucionaria, esto porque nuestro objetivo fundamental es la liberación del proletariado. Nadie ignora que hay sindicatos cuya existencia y actividad se orientan hacia la perpetuación del capitalismo, que se levanta sobre la explotación de la clase obrera. Hay, pues, sindicatos que siguen una orientación revolucionaria y otros que se agotan en el reformismo, en el empeño de embellecer el rostro de la sociedad burguesa.

La Central Obrera Boliviana ha nacido, siguiendo el camino señalado por la CON y por la "Tesis de Pulacayo", dentro de la perspectiva de la política revolucionaria y debe mantenerse en ella, porque está llamada a ser el gran instrumento de la revolución proletaria. Constituye un deber elemental el luchar sin tregua para sacar a flote esa característica, para evitar que sea prostituida, para que no sea agencia de la política burguesa, esto debido a la presencia de la burocracia sindical.

No pocos sectores que se reclaman de las posiciones obreras e izquierdistas son cómplices de los avances que ha logrado la burocracia en la COB, en las confederaciones, federaciones y hasta en algunos sindicatos de base. Guardan un criminal silencio ante los excesos que cometen algunos "líderes", disimulan las ideas reaccionarias que difunden, todo a cambio de alguna pitanza, de un cargo en las direcciones, de viajes, de la tolerancia que precisan para sus propios pecados. Estamos seguros que esta inconducta perjudica seriamente al movimiento obrero y favorece a la burguesía, a la patronal y a su Estado, es por esto que la ponemos al desnudo en toda oportunidad que sea posible.

La burocratización del movimiento sindical se desarrolla ante nuestros ojos e ignorándola, pese a los tremendos peligros que lleva en sus entrañas, se pretende negar su existencia. Por este camino se concluiría entregando al movimiento obrero a la reacción. La lucha revolucionaria es inseparable de la lucha contra la burocracia y en defensa de los principios de la independencia política de la clase y de la preservación de los fundamentos de la finalidad estrategia del proletariado.

Una de las tradiciones en la larga lucha librada por el Partido Obrero Revolucionario es, precisamente, la intransigencia que ha demostrado en los combates contra la burocracia sindical, cuya existencia es incompatible con una línea política revolucionaria.

En la actualidad la denuncia y guerra sistemática contra la burocratización se ha convertido en una necesidad histórica, porque esta lacra ha pasado a ser uno de los mayores obstáculos con el que chocan las masas en su movilización hacia la conquista del poder.

El escrito que el lector tiene entre sus manos pretende coadyuvar en la comprensión del fenómeno de , la burocratización, a fin de que la lucha contra ella sea más eficaz. Su autor cree que la preocupación central de los explotados en la hora presente debe estar referida a encontrar los caminos que conduzcan, con ahorro de tiempo y de esfuerzos, hacia la revolución y dictadura proletarias. En esta batalla será preciso derrotar a las camarillas burocratizadas que actualmente están impidiendo que las masas evolucionen rápidamente y conforme a los cambios políticos bruscos que se producen todos los días.

Capítulo II

La burocracia obrera

1

A Federico Engels le debemos, en fecha muy temprana, la revelación de que el movimiento obrero inglés, que entonces pasaba por uno de sus momentos de mayor pujanza, contaba con una costra que le impedía moverse libremente, que desvirtuaba sus objetivos revolucionarios y que deformaba a las organizaciones sindicales: la aristocracia obrera, que la burguesía inglesa formó gracias a las descomunales ganancias que obtenía saqueando las regiones más diversas del globo.

Los impulsos instintivos del asalariado le empujaban a arremeter contra los mismos cimientos de una sociedad basada en la explotación de aquel. La aristocracia obrera, obligada a defender sus excepcionales privilegios, acabó defendiendo a la clase dominante y a todo el ordenamiento social imperante.

La aristocracia repudió la acción directa, tan profundamente enraizada en el instinto de clase y que inevitablemente empuja a las masas a imponer sus reivindicaciones y soluciones a los diversos problemas sociales y políticos, mediante las diversas formas de violencia revolucionaria y contrariando el ordenamiento jurídico vigente (impuesto también mediante la violencia, para preservar el régimen de la gran propiedad privada y todas sus emergencias).

La aristocracia obrera se tornó legalista y partidaria de la vía parlamentaria. Buscó que los sindicatos fuesen también refugio de una minoría privilegiada, al margen de las luchas e inquietudes de las masas mayoritarias. Por mucho tiempo los sindicatos languidecieron como pequeños grupos.

La aristocracia obrera se convirtió en un lujo de los países ricos, que podían destinar una parte de la plusvalía que extraían de sus colonias y semicolonias a la corrupción de las capas superiores de la clase obrera metropolitana. La clase dominante buscaba que sus propios esclavos defendiesen furiosamente sus cadenas doradas y secundasen su política opresora en el exterior, y ciertamente que tuvo mucho éxito.

No tenemos que añadir que en momento alguno entre nosotros apareció la aristocracia obrera: Bolivia es un país, extremadamente pobre, lo que se traduce en la exacerbación de la lucha de clases, y los obreros bien pagados constituyen una insignificante minoría. Sin embargo no deja de observarse que ciertos dirigentes sindicales son acallados y corrompidos con ayuda de la concesión de algunas ventajas económicas, el mejoramiento de cargos, contratos, etc. De esta manera la patronal concluye teniendo a los dirigentes sindicales a su favor y en contra de la mayoría de trabajadores superexplotados.

En sus inicios la aristocracia obrera apareció en cierta manera marginada del movimiento sindical. Con el correr del tiempo se ha confundido y fusionado completamente con la burocracia sindical. Tanto Lenin como Trotsky utilizan indistintamente estos términos. Nosotros, buscando ser comprendidos por los obreros, limitamos nuestras

observaciones a la burocracia laboral.

2

En sus inicios las organizaciones sindicales aparecen como el esfuerzo más serio hecho para lograr la unidad de los explotados, a fin de que así pudiesen oponer un único frente contra la explotación y opresión capitalistas, en fin, contra los excesos de los patronos y de sus secuaces. Para lograr estas finalidades, cuando los sindicatos se encontraban al margen de la ley, se tuvo que acentuar los alcances de la democracia interna y directa y de una manera necesaria la voluntad de las bases se convertía en la máxima autoridad; en ese entonces ser caudillo o dirigente importaba serios riesgos (despido del trabajo, encarcelamiento, persecución, etc.) y no constituía un privilegio, las más de las veces inmerecido, como ahora. La legalización de las entidades laborales y el establecimiento de amplias camadas de dirección, a fin de poder responder a las exigencias de la complicación de las relaciones obrero-patronales y del Estado con los trabajadores, han creado una situación del todo nueva.

Los dirigentes sindicales de nuestra época, tienden a separarse de las bases y se mueven bajo la poderosa presión que sobre ellos ejercitan los patronos y las autoridades estatales, ambos se cooperan y hasta se confunden. Se puede e añadir que esos dirigentes soportan la influencia distorsionadora de toda la sociedad, que está muy lejos de ser obrera o igualitaria. El trabajador de ayer, condenado a conformarse a llevar una vida miserable con sus bajos salarios, ve abrirse ante sí y por primera vez, un amplísimo horizonte que puede permitirle trepar económica y hasta socialmente, en fin, desclasarse. El éxito en el carrerismo de los dirigentes se encuentra en relación directa con la obsecuencia que éstos demuestran ante los explotadores. El que deja a un lado los intereses de sus compañeros de ayer y los objetivos históricos de la clase, para obedecer aplicadamente las instrucciones de la patronal y de su Estado, tiene asegurado su presente y su mañana dentro del esquema del capitalismo. No olvidemos que la sociedad actual importa el reinado del propietario opulento, cuya finalidad no es otra que acumular más y más ganancias generalmente logradas con ayuda de medios vedados e inhumanos. El burócrata acaba siendo el ex-obrero convertido en propietario.

3

La sociedad capitalista, que cuenta con innumerables tentáculos, algunos de innegable y directa brutalidad y otros excesivamente sutiles, es una corruptora franca de los dirigentes sindicales. Aprovecha del pasado de miseria de éstos para atraerlos a formas de vida que nada tienen que ver con las que se ve obligado a sobrellevar el asalariado. El dirigente no tiene más remedio que alquilarse, mendigar dádivas, montar negocios, no siempre legales, a la sombra de las organizaciones sindicales, todo para costear su nueva vida pletórica de hábitos burgueses. Es innumerable la cantidad de sindicalistas que de esta manera han cambiado su puesto de trabajo en las minas o las fábricas por ocupaciones propias de la clase media.

Nos encontramos protagonizando una lucha franca contra la burguesía y en busca de una sociedad sin explotados ni explotadores. La clase dominante nativa ha dado pruebas de su total incapacidad, se está desintegrando en el poder y, sin embargo, tiene todavía posibilidades de apoyarse en la corrupta burocracia para impedir que las masas la barran del escenario y que son las únicas que pueden cumplir esta tarea histórica. Esto es posible porque la burguesía no es solamente el aparato estatal sino, y sobre todo, el monopolio de los medios de producción, lo que le otorga un gran poderío económico y la posibilidad de acuñar a su antojo la opinión pública.

Para el desposeído la vida burguesa tiene muchos e inéditos encantos: la molicie; las comodidades que asegura el gran desarrollo tecnológico y electrónico tanto en la vida del hogar como de la calle; los refinamientos habituales en las capas sociales elevadas; los viajes rodeados de comodidades; inclusive la posibilidad de cambiar a la sacrificada compañera de toda la vida, rústica y leal, con una mujer de fino cutis y extraño color; la sustitución de los pesados e incómodos viajes en camiones o colectivos colmados de gente y de malos olores por el mullido automóvil, etc. Las observaciones de Racowsky al respecto conservan toda su validez. La burguesía ofrece, pues, al dirigente sindical domesticado una nueva vida a cambio de que se convierta en su sirviente incondicional.

La clase dominante actúa sobre la clase obrera a través de sus capas más rezagadas, que se muestran incapaces de oponer ideas nuevas y objetivos revolucionarios a las ideas burguesas imperantes y consagradas inclusive con las bendiciones de la iglesia. Este es un proceso normal. Unicamente en los momentos de mayor tensión de la lucha de clases el grueso de la clase llega a soldarse con la vanguardia, que concentra los avances operados en la evolución de la conciencia del proletariado y que da expresión política a los objetivos históricos de éste. Estamos hablando de la acción burguesa sobre el conjunto de las masas y no únicamente sobre los sectores organizados, que siempre conforman una parcela más grande o más pequeña de la clase.

4

Las organizaciones obreras (sindicatos, órganos de poder, partido político) se tornan demasiado peligrosas para la clase dominante, pues pueden imprimir eficacia a la lucha de clases y conducirla a la victoria. Y la lucha de clases es la lucha por la posesión de la plusvalía, esto quiere decir que los capitalistas arriesgan en ella sus ganancias, que las desean siempre más grandes; los trabajadores explotados pugnan por vender por su valor (cantidad de alimentos que consumen para reponerse de la fatiga) su fuerza de trabajo. Para los opresores se convierte en cuestión de vida o muerte el vencer en este colosal enfrentamiento: la burguesía es implacable cuando se trata de la bolsa. De aquí nace la urgencia de que los explotadores encuentren los medios para neutralizar a los sindicatos (masas organizadas), controlarlos e inclusive dirigirlos hacia objetivos previamente calculados: precisan contar con frenos para evitar que los hambrientos arrasen con la propiedad privada, con medios para domesticarlos, en una palabra, para embridarlos, a fin de que no amenacen con acabar con el orden social establecido. Esa antiobrera y contrarrevolucionaria función cumple aplicadamente la burocracia sindical.

Las condiciones en las que se desarrolla la explotación capitalista y que se traducen en extrema miseria de los obreros, en su incultura, en las tremendas dificultades que deben vencerse para lograr su formación teórico-política, determinan que los dirigentes sindicales se vean constantemente acosados por el peligro de la burocratización; contando con esta materia prima, es la burguesía, a través de los complicados organismos que le permiten actuar, a veces sin ser vista, la que se encarga de configurar a la burocracia y lubricarla debidamente con recursos económicos para su debido funcionamiento. Con mucha frecuencia, ha sido la burocracia laboral la que ha salvado a la clase dominante de su total derrota.

5

La burocracia sindical está conformada por los dirigentes que han concluido emancipándose a veces del todo, de su natural ligazón con las bases de las que provienen y del necesario control de éstas sobre sus actos; al mismo tiempo, es el conjunto de líderes sindicales que han plegado sus alas ante el halago y dádivas de la burguesía, que han sido alquilados y comprados por ésta.

La burocracia obrera, uno de los fenómenos más visibles del sindicalismo de nuestra época y no simplemente una curiosidad boliviana, es una red de camarillas formadas alrededor de mezquinos e inconfesables intereses. La burocracia otorga a sus miembros influencia económica y política que les permite actuar sobre la burguesía y sus organismos para arrancarles concesiones y privilegios. Con todo la burocracia es obrera por su origen social, pero ya del todo extraña a la clase madre.

La primera preocupación de la burocracia es la de perpetuarse en los cargos sindicales, el que sea desplazada importaría la pérdida de los privilegios y de los intereses inmediatos de los dirigentes. La camarilla pone en pie verdaderos aparatos, muchos de ellos endiabladamente complicados y con un sinnúmero de ramificaciones, a fin de falsificar elecciones, burlar las decisiones de las bases y, en una palabra, asaltar de manera franca o encubierta, los cargos sindicales. A medida que las camarillas se perpetúan en las direcciones van aumentando en poder económico y, por tanto, en posibilidades de poder maniobrar al servicio de sus bastardos fines.

La burocratización puede alcanzar a los obreros auténticos, provenientes de familias que por generaciones se dedicaron a vender su fuerza de trabajo, pero no es la regla general. Lo más frecuente es que los advenedizos, los pequeño-burgueses que incursionan como turistas en los medios obreros, los que van de "visita" a las fábricas y a las minas, concluyan como empedernidos burócratas y se realicen plenamente en esta su nueva carrera. No pocos pequeño-burgueses que trabajan por años con las manos permanecen extraños a la clase, sin tener el valor de quedar inmersos en ella, esperando, más bien, la oportunidad para retornar al redil, del que se mantienen alejados por el hambre y otras urgentes necesidades. Este es el mejor material humano que encuentra la burguesía para realizar su cosecha de burócratas. Estas consideraciones son aplicables en toda su plenitud a Bolivia.

En algunos países, como México por ejemplo, los burócratas sindicales actúan fuertemente imbricados en el aparato estatal. El camarada León Trotsky, comentando la creación de la stalinista Confederación de Trabajadores de América Latina o CTRL (septiembre de 1938), escribió: "en México, donde los sindicatos, desgraciadamente,

dependen directamente del Estado, los puestos de la burocracia sindical se cubren generalmente con elementos provenientes de la inteligencia burguesa. Se trata de abogados, ingenieros, etc, personas que no tienen nada en común con la clase obrera y que sólo pretenden utilizar las organizaciones sindicales en su propio beneficio, ya sea para mejorar su situación económica o favorecer sus carreras políticas. Esforzándose por ocultar a los obreros su política crudamente egoísta, estos trepadores burgueses a menudo aparecen como 'antifascistas' y 'amigos de la URSS', cuando en realidad son agentes del imperialismo anglosajón." Si se estableciera el origen y antecedentes de las cabezas visibles de la burocracia sindical, se comprobaría que la mayoría de sus componentes provienen de las planillas, de empleados de las empresas y de las oficinas estatales.

Cuando se dice burócrata sindical uno se está refiriendo a un elemento que es ya extraño a la clase obrera por su conducta diaria, por su orientación política, por su ideología, por su forma de vida y su separación de los trabajadores, esto independiente a su origen social.

6

Las volteretas que ejecutan los burócratas para perpetuarse en sus cargos son inseparables de una inevitable persecución, franca o velada, de los elementos revolucionarios (en Bolivia de los militantes poristas) y que se oponen a su liderazgo. Los objetivos y la conducta de burócratas y revolucionarios necesariamente se contraponen, pues están ubicados en campos diferentes y contrapuestos del todo.

Los marxistas están empeñados -y esto explica su participación en las actividades sindicales- en influenciar ideológicamente sobre las masas, a fin de poder organizarlas, educarlas y movilizarlas hacia la materialización de la estrategia de la clase obrera, vale decir, de la revolución social y de la dictadura del proletariado. Esto no puede menos que desagradar a la burguesía, interesada en que los sindicatos se ocupen exclusivamente de salarios, de las relaciones obrero-patronales, pero en ningún caso de la revolución. La burocracia no puede consentir el trabajo de los revolucionarios porque existe el peligro de que éstos se apoderen de las masas y dejen en cueros a los dirigentes profesionales y traidores. Por otro lado, una de las funciones de la burocracia consiste en asegurar que ninguna molestia ni amenaza contra la burguesía provenga del campo laboral: no está en discusión la evidencia de que los movimientos de los revolucionarios constituyen el mayor de los peligros para la sociedad capitalista en su conjunto y también para la burocracia sindical.

Las limitaciones de la democracia interna sindical no son suficientes para impedir el trabajo revolucionario, que puede recorrer los caminos más diversos para poder llegar hasta los explotados. Las ideas y análisis marxistas tienden a convertirse en polos aglutinantes de las masas y de sus inquietudes, por su gran calidad y porque dan expresión política a lo que es ya búsqueda instintiva para el grueso de los trabajadores. Y las ideas no pueden ser sepultadas indefinidamente, concluyen aflorando amenazadoramente en el momento menos pensado, cuando se agudiza la lucha de clases.

Aquí se encuentra la explicación por qué la persecución no se limita a la persecución de las ideas, a los esfuerzos que se hacen por mutilar el derecho a la crítica, a la

pretensión de marginar los planteamientos políticos con el absurdo argumento de que los obreros no deben perder el tiempo en teorías o generalizaciones políticas, sino que abarca y con preferencia a las personas, a los portavoces de las corrientes revolucionarias. Unas veces es la acentuada hostilidad, el boicot a todos sus movimientos opositores y que puede concluir en las exclusiones, lo que puede abrir el camino hacia la escisión, inclusive deliberada, de las organizaciones sindicales. No hay que detenerse en señalar que la campaña contra los revolucionarios está llena de falsificaciones e imposturas. La imponente historia de los militantes poristas en el seno de los sindicatos bolivianos está llena de valiosísimas enseñanzas para todos.

Las más de las veces esta campaña contra los elementos revolucionarios aparece orquestada con la desencadenada por el oficialismo. Para el gobierno resulta una preocupación fundamental el silenciamiento de la crítica y actividad marxistas, sobre todo en el seno de las masas. Hay un frente natural entre la burocracia, el gobierno y la patronal.

La dura experiencia vivida nos enseña que cuando hablamos de la persecución nos estamos refiriendo a las diferentes formas de presión y hostilidad encaminadas a silenciar a los catalogados desde arriba como críticos y "agitadores", vale decir como elementos peligros para la estabilidad social y política. El gobierno sabe que su bienestar es también el bienestar de sus sirvientes burocratizados.

El fortalecimiento de las organizaciones sindicales resulta inconcebible al margen de la lucha por la profundización de la democracia interna, de la vigencia de la asamblea general y cuyas decisiones deben tener el carácter de mandato imperativo para los dirigentes en general.

Capítulo III

Emergencias de la burocratización

1

Por su propia naturaleza, la burocratización de los sindicatos ataca directamente a la democracia interna, que no solamente es distorsionada, sino que corre el peligro de ser totalmente destruida. Los burócratas sindicales, que se caracterizan por defender intereses de camarillas antiobreras y por actuar de espaldas a las bases, se convierten en dictadores despóticos.

Como quiera que los dirigentes burocratizados tienden a perpetuarse en sus cargos, de este hecho depende su estabilidad presente y su porvenir, se presentan como conductores infalibles, que lo pueden todo y que no conocen los fracasos. Por esto mismo no puede permitirse que se critiquen sus ideas y su conducta tortuosa e inclusive delincencial. Los "líderes" deben ser simplemente intocados. Con tal finalidad se acuña la especie de que toda crítica a esos dirigentes es nada menos que una conspiración contra la integridad física de las organizaciones de masas, crimen que únicamente pueden idear y ejecutar los agentes de la reacción criolla y del imperialismo. La supuesta defensa de los sindicatos funciona como cortina de humo que permite encubrir los malabarismos de los burócratas. Hay que decir con toda claridad que la burocratización es nada menos que un tumor maligno que amenaza acabar con los sindicatos considerados como núcleos de resistencia obrera. Su extirpación por los obreros mismos y no por ningún otro organismo o institución extraños a la clase, permitirá que los sindicatos se vigoricen y vuelvan a encontrar su verdadero camino verdadero.

Los sindicatos son expresiones elementales del frente único de clase y la Central Obrera Boliviana, en su mejor acepción, de un frente único de clases anti-imperialista. Esto quiere decir que en el seno de estas organizaciones se encuentran las manifestaciones más diversas, tanto políticas, como de otra índole de las masas, lo que impone considerar la democracia interna más amplia como el basamento organizativo fundamental y de ninguna manera el centralismo democrático, tesis sostenida tan alegremente por algunos aventureros que plantean cualquier absurdo. No solamente se trata de que la más amplia discusión de las diferentes posiciones debe estar ampliamente garantizada, sino que la propagación de las ideas y la conformación de tendencias -incluyendo las políticas- alrededor de ellas no deben encontrar cortapisas. Bueno, la democracia concebida así es incompatible con el reinado de la burocracia sindical, que es esencialmente totalitaria y pluralista únicamente en beneficio de sus compadres. Los dirigentes burocratizados tienen necesidad imperiosa de coger la sartén por el mango y no permiten que la discusión y difusión de ideas revolucionarias debiliten su despótico reinado.

El sindicalismo boliviano se ha ido conformando alrededor de ideas marxistas revolucionarias, pero en la actualidad no es posible juzgar libremente la inconducta de algunos dirigentes a la luz de ellas. Algo mucho más grave, los que se atreven a propagandizarlas son sometidos a toda especie de presiones y actos de hostilidad,

que no son otra cosa que formas de persecución. Por obra de los burócratas, las organizaciones sindicales han dejado de ser fortalezas revolucionarias para convertirse en trincheras desde cuyo seno dispara el gobierno burgués y antiobrero. ¿Cómo interpretar el slogan preferido de la Unión Democrática Popular, que es todo un atrevimiento que resume su política social y dice: "unidad alrededor de la COB"? Únicamente puede haber una respuesta; el oficialismo utiliza como su parapeto a la Central Obrera Boliviana burocratizada, entre otras cosas, para imponer su política económica hambreadora y para combatir sañudamente a quienes se atrevan a levantar en alto la alternativa de la revolución proletaria, límpida tradición del sindicalismo, finalidad estratégica de la clase llamada a convertirse en caudillo de la nación oprimida por el imperialismo y única respuesta revolucionaria a la constante amenaza golpista del gorilismo, venido del vientre del nacionalismo de contenido burgués y que sigue reproduciéndose sin cesar en las entrañas del impotente movimientismo de los más diversos matices.

La oposición revolucionaria en los sindicatos, que con mucha frecuencia tiene que recurrir a métodos clandestinos para poder actuar, está empeñada en evitar que siga acentuándose la deformación ideológica y organizativa de las organizaciones sindicales, camino que les conduce a convertirse en dóciles instrumentos en manos del gobierno del nacionalista burgués de derecha Hernán Siles Zuazo. Esa tendencia marxleninista-trotskyista reclama y lucha porque en los sindicatos vuelva a imperar en toda su amplitud la democracia interna, sin improperios, intimidaciones y persecuciones por parte de los detentadores de la dirección sindical. ¡Libertad para propagandizar ideas revolucionarias y organizar a los trabajadores alrededor de ellas!

2

Pese a todas las declaraciones líricas en contrario de los burócratas, la voluntad de las bases de los explotados en general es simple y diariamente desconocida. Dentro de una sana concepción organizativa de los sindicatos, la voluntad de los sindicalizados constituye la ley suprema, que no puede ser tergiversada, olvidada ni violada por nadie. En las organizaciones laborales burocratizadas, esa voluntad es llanamente sustituida por las decisiones de los dirigentes que sirven a los intereses del enemigo de clase. Las resoluciones de asambleas y congresos se han convertido en actos protocolares, porque lo que cuenta en última instancia es la voluntad de los burócratas y las decisiones de las camarillas de traficantes y traidores.

No se trata únicamente de una total separación entre bases y dirigentes, de la imposibilidad de que éstos sean controlados por sus mandantes, sino de que la burocracia utiliza abusivamente el nombre de los obreros para meter de contrabando ideas, consignas e instructivos provenientes del Palacio de Gobierno o de las gerencias patronales. El sindicato o la COB han dejado de ser los escenarios de la actividad militante de los obreros, para convertirse en simples sellos y en aparatos que tan fácilmente son puestos a disposición de los explotadores, a fin de que estos puedan utilizarlos a su antojo contra los trabajadores. No podía esperarse una mayor degeneración de una de las más grandes creaciones de los explotados de la tierra. Ha llegado el momento de recuperar los sindicatos de manos de quienes no trepidan en mancharlos para servir mejor a los explotadores.

Se van perdiendo los canales mediante los cuales los sindicalizados podían en el pasado pedir cuentas a sus dirigentes y someter a severo control su conducta diaria: la burocracia hace lo que quiere y tal decisión no es discutida en las asambleas o en los lugares mismos de trabajo.

Los equipos burocratizados presionan poderosamente sobre los congresos e inclusive sobre algunas reuniones sindicales, buscando acallar la opinión de los opositores. Lo más grave radica en que después de las interminables y cansadoras discusiones de los delegados de base, los equipos dirigentes concluyen actuando de manera contraria y conforme a las decisiones adoptadas en común con el oficialismo. Esta tremenda deformación en la dirección de los sindicatos se concretiza en una fórmula de conducta novedosa y totalmente contraria a las tradiciones e intereses de los trabajadores: se proclama a los cuatro vientos que la Central Obrera Boliviana y, por tanto, sus organismos dependientes, tienen como método central y preferido de lucha las conversaciones con los opresores; las huelgas constituyen el mal mayor y una desgracia, pero que a veces se tornan inevitables; la acción directa debe ser echada por la borda para colocar en su lugar el respeto a las leyes burguesas imperantes y, sobre todas las cosas, el entendimiento con el gobierno de los capitalistas. De esta manera la tradicional táctica sindical, ha sido dada la vuelta, colocada patas arriba, todo en beneficio de los explotadores y verdugos de la mayoría nacional. Hasta ahora sabíamos que la acción directa y sobre todo la huelga, eran los métodos de lucha, propios y fundamentales de los trabajadores. Constituía un deber elemental sacar toda la ventaja posible del ordenamiento jurídico propio de la clase dominante y repudiar todos los aspectos que perjudicaban a los sindicalizados. Ciertamente que en los conflictos laborales resulta imperioso el tener que dialogar con la patronal o con su expresión política más elevada que es el Estado, pero los que no monopolizan la economía y menos los demás resortes de la sociedad estaban obligados a concurrir a tales diálogos respaldados por la movilización de masas y por otras expresiones de la acción directa, que pudiesen potenciarlos frente a sus adversarios. Ahora, con un criterio inconfundiblemente providencialista, se sostiene que todo depende de la habilidad de discusión y de maniobra de algunos, burócratas superdotados, además de la bondad de los gobernantes. De aquí se tiene que concluir que las masas (sindicatos de base) ya no cuentan para nada y que virtualmente han sido reemplazados por la burocracia laboral digitada por el gobierno y los empresarios.

Tan lamentables consecuencias son el resultado del concepto y de la práctica acerca de la designación de dirigentes sindicales a perpetuidad. La democracia sindical queda amputada si no se pone en práctica la alternabilidad en los cargos sindicales, lo que no es posible si las organizaciones laborales prácticamente concluyen siendo estranguladas por los aparatos burocratizados que actúan como poderosos tanques desde las mismas filas del movimiento obrero, aunque le son totalmente extraños. Se impone la lucha por la renovación de las direcciones sindicales.

En los hechos hay una fractura entre la actitud despótica y totalitaria de los líderes y la voluntad y decisiones de los trabajadores del llano, que son el grueso de los sindicalizados y que prácticamente no disponen más que de la acción directa para hacer escuchar sus opiniones y ansiedades que contrarían lo que dicen y hacen los burócratas. Últimamente esta realidad se ha mostrado con contornos casi trágicos: mientras los obreros fabriles protagonizaban una heroica huelga general indefinida en todo el país (Tarija defeccionó), la alta burocracia cobista, que ante la prensa aparece como Comité Ejecutivo (en realidad es deliberativo y ejecutivo), capeó el temporal

con una huelga de 72 horas, que para los asistentes al último ampliado cobista debía ser activa pero que no solamente resultó pasiva, sino del todo amputada para no perjudicar a nadie y ni siquiera el ingreso de divisas a las empresas estatales, todo accediendo al equipo ministerial que creyó oportuno visitar la sede de la Central para tomar acuerdos con sus colaboradores "obreros". Estas huelgas melcochas dejan de ser medios de presión, pierden su verdadera esencia y se convierten en vulgares jugarretas.

3

Los equipos burocratizados son directamente manejados por el gobierno y por los capitalistas (el Estado es la organización política de la burguesía) y que, como se tiene indicado más arriba, en algunos países concluyen integrados al gobierno. En Bolivia no se ha llegado a tanto, pero ya fue un anticipo de ello el mal llamado cogobierno COB-MNR (cogobierno entre dos alas del MNR, en verdad) y ahora los líderes parecen estar tercamente empeñados en materializar tan bastardo objetivo. El cogobierno de la burocracia cobista (debe decirse así y no simplemente de la COB, como gustan los impostores) con el gobierno burgués de la UDP no sería otra cosa que la integración de la burocracia sindical en el aparato estatal. Como siempre, la clase sería nuevamente suplantada por el providencialismo de algunos líderes y caudillos corruptos, que de obreros no tienen más que el rótulo. La burocratización criolla no ha llegado a los límites alarmantes alcanzados en México y la Argentina, por ejemplo, pero se orienta hacia esas metas.

El cogobierno con la burguesía, importando poco el matiz de ésta, constituye una total revisión de la línea tradicional, de los fundamentos de la lucha de clases y el abandono de la estrategia del proletariado. Este cogobierno ha sido arbitrariamente introducido en las cumbres laborales por la burocracia sindical, pues los trabajadores de base continúan luchando y ahora con mayor pujanza que nunca, contra el gobierno burgués y su política económica, social e internacional. Hay, pues, una total contradicción entre las actitudes de los explotados y las de los burócratas usurpadores de su voluntad. El colaboracionismo clasista, no solamente es contrario a los principios básicos del sindicalismo boliviano, sino que conduce inevitablemente a la derrota, esto porque no haría otra cosa que perpetuar el régimen capitalista de explotación, contribuir a que la clase obrera pierda su independencia política y concluya convirtiéndose en simple factor de estabilización gubernamental en favor de la burguesía. Tal el camino de la franca traición a los intereses históricos del proletariado; no es por casualidad que para la burocracia todo se reduzca a entregarle al doctor Hernán Siles algunos planes económicos. A su turno, la burguesía cifra sus esperanzas en que el cogobierno obligue a la mayoría nacional a soportar todas las consecuencias de la crisis y a apuntalar a su gobierno. Los obreros del llano saben perfectamente que la crisis de los capitalistas debe ser pagada por los capitalistas y no por ellos, que no tienen responsabilidad alguna en el problema.

4

La conducta de la burocracia, que se caracteriza por su total sometimiento a la política burguesa, choca -y cada día en mayor medida- con la acentuada actitud antigubernamental de las masas, que actúan así de manera instintiva y a veces

consciente. El abismo que separa a la alta burocracia sindical de las bases tiende a ahondarse más y más, esto porque las posiciones progubernamentales de la dirección cobista chocan violentamente con los sentimientos más elementales de los explotados.

Este es el camino que conduce al progresivo debilitamiento de las organizaciones sindicales; no puede hablarse de fortaleza cuando el grueso de los trabajadores saben que sus dirigentes los traicionan. En cierto momento esta tendencia puede trocarse en sumamente peligrosa y concluir precipitando la escisión o aplanamiento de los sindicatos.

Una mentalidad simplista puede razonar en sentido de que siendo lo definitivo la radicalización de los obreros de base, importa poco que los dirigentes adopten posturas reaccionarias u oficialistas. La verdad es que los dirigentes y mucho más si éstos gozan todavía de algún predicamento, concluyen distorsionando y conteniendo el impulso revolucionario que viene de lo más profundo de las masas y enraíza en ellas.

Es fácil comprender que la eliminación de la burocracia sindical se convierte en una de las finalidades básicas de la lucha revolucionaria.

Hay que recalcar que la burocracia tiende a convertir a las organizaciones sindicales en organizaciones conservadoras, y que por esto mismo pierden toda su capacidad de movilización del grueso de las masas.

5

La Central Obrera Boliviana, un frente de clases de proyección antiimperialista, constituía uno de los escenarios para que el proletariado se transformase efectivamente en caudillo nacional, esto cuando la orientación de la Central Obrera era atrevidamente revolucionaria. Esta realidad se ha reflejado en la estructura organizativa de la entidad obrera: predominio del proletariado sobre los otros sectores sociales. En la actualidad, cuando la burocracia ha impuesto arbitrariamente a la COB una política burguesa y de cooperación con el gobierno actual (a esto llama "profundizar el proceso democrático"), la perspectiva del liderazgo obrero sobre la nación oprimida ha perdido las posibilidades de efectivizarse, esto porque la Central se agota en el esfuerzo de desmovilizar a las masas y de entregarlas maniatadas al gobierno udepista.

6

La burocracia ha faccionado el llamado "plan económico de emergencia" para que el gobierno pueda refloatar a través de su ejecución. En el planteamiento está implícita la idea equivocada y reaccionaria de que la burguesía, esta vez representada por su ala democrática de izquierda (de ella no puede decirse nada más halagador), puede todavía gobernar al país y desarrollar las fuerzas productivas. Si en esta - irresponsable afirmación irresponsable porque es contraria los hechos y a toda nuestra experiencia- hubiese un grano de verdad se podría argumentar en favor de la validez de la tesis stalinista acerca de la vigencia de la revolución democrático-burguesa en nuestro país.

Sabemos, certidumbre que arranca de nuestra propia historia, que ahora no se trata de la perfección técnica de los planes económicos, las mesas de los ministerios están llenas de ellos, sino de la ausencia de una clase burguesa, de un sector de ella, con capacidad para realizarlos. ¿Será posible que alguien mantenga invariables los precios con la simple ayuda de medidas policiales? Este es un absurdo económico y nadie puede convertirlo en realidad por muchas virtudes que tenga. Cuando los problemas desembocan en la cuestión clasista, su solución solamente puede darse en el ámbito de la política, es decir, de la lucha de clase contra clase, que en nuestro caso se traduce en el combate de las masas explotadas contra el gobierno Siles, expresión concentrada de los intereses generales de la burguesía. En la actividad diaria el proceso no siempre se presenta así, entonces urge formular planteamientos intermedios para desembocar en la lucha política, es decir, de la lucha de clase contra clase, que en nuestro caso se traduce en el combate de las masas explotadas contra el gobierno Siles, expresión concentrada de los intereses generales, de la burguesía. En la actividad diaria el proceso no siempre se presenta así, entonces urge formular planteamientos intermedios para desemboca. en la lucha política. El desarrollo último ha tenido la virtud de allanarnos el camino, lo que ciertamente no debe molestarnos; salvo en el caso de que estemos interesados en usar la arbitrariedad para imponer algún esquema en reemplazo de la realidad palpante.

Cuando la lucha de clases (clase contra clase) se desarrolla ante nuestras narices, estamos obligados a sacar todas las consecuencias del fenómeno y una de ellas, la más importante y central, es que esa lucha conduce a la revolución proletaria. Ciertamente que no de una manera rectilínea y no sabemos en qué plazos, pero ya estamos convencidos que su materialización supone la derrota de la burocracia sindical, que se consumará en la actividad cotidiana.

Los problemas de la crisis económica que vivimos son grandes y, sobre todo, estructurales, raíz última del hecho de que el tira y afloja de los planes hubiese desembocado en la lucha política. Sin embargo, todos ellos, pese a su enorme diversidad, se concretizan para las masas explotadas en un único objetivo que es la respuesta a su desesperante miseria, a la hambruna que padecen: el salario mínimo vital con.escala móvil referido a la desesperada carrera de los precios. Así la lucha económica se traduce en lucha política. Esta consigna está llamada no solamente a derrotar al plan de emergencia, sino a sepultar al propio gobierno, porque se convierte en la prueba máxima de su impotencia y caducidad. No hay que olvidar que en los lugares de trabajo se discute de manera directa el problema, demostración de que no se precisa ya su previa propagandización. La consigna es sencilla y hasta palpable, lo que puede permitirle movilizar a las capas más profundas de los hambrientos.

Según la burocracia, el plan de emergencia debe ejecutarlo el doctor Siles Zuazo y en el peor de los casos el cogobierno de la alta dirección sindical con la burguesía, todo para salvar al capitalismo de su indefectible hundimiento. Hemos respondido con bastante anticipación que e cogobierno tan publicitado no solucionaría nada y que tampoco lo haría si incluyese en su serio a otras agrupaciones centristas, como el PS-1, por ejemplo.

¿Qué nos dicen los trabajadores de base allí donde están o cuando desfilan por las calles? Que los traidores de la UDP, no merecen su confianza. ¿Apoyan a la burocracia sindical, por ventura? La repudian y rechazan toda su política al servicio de la burguesía. Esos malos dirigentes pueden ser reelectos en congresos y ampliados

únicamente gracias a su aparato aceiteado con sus enormes recursos financieros, que ese es el caso concreto del stalinismo, ¿Qué ha sucedido con el POR no bien ha enarbolado con atrevimiento y nitidez las consignas de la revolución proletaria y de la inmediata imposición del salario mínimo vital? Se ha convertido en el obligado punto de referencia para las masas que no cesan de desprenderse del control de la burguesía y de los izquierdistas que la sirven. Una prueba suplementaria se encuentra en el hecho de que la clase dominante se atomiza en el poder y los partidos de "izquierda" han ingresado a un período de crisis internas, cuya obligada referencia es la quiebra ideológica.

No es nuestro caso el de un partido diminuto, huérfano de apoyo popular y sin predicamento entre las masas. Contrariamente, el Partido Obrero Revolucionario recibe enormes camadas de simpatizantes y su problema concreto (no esos problemas que idean las mentes pequeñoburguesas y afiebradas) es saber encontrar las mejores formas organizativas para dar alguna forma partidista a esa masa, para formarla sobre la marcha, al margen de los viejos métodos, sobre lo que es el partido, lo que quiere y en qué consiste el marxismo. Nuevamente el problema capital político, forjar al Estado mayor de la revolución proletaria, se presenta bajo tegumento organizativo.

Lo dicho puede concretizarse de la siguiente manera: al plan económico de emergencia de la COB, al espantapájaros agitado por todos los sirvientes de la burguesía y el propio gobierno, del peligro de un golpe fascista, hay que oponer con toda nitidez las dos consignas básicas de nuestra política en este momento: revolución proletaria y escala móvil de salarios, referida a los precios.

La demanda salarial puede ser económica en sus inicios, pero no bien se generaliza y pone en pie de combate a las masas en general se trueca en política, porque se convierte en la palanca que ayuda a cuestionar la legitimidad del Estado burgués.

Nuestro caso no es el tener que arrancar a las masas del control efectivo de las otras agrupaciones políticas, del gobierno (UDP, PCB, MIR, MNRI) o de la burocracia sindical, compuesta por los partidos oficialistas, por los cuatro violinistas del PRIN y por algunos malentretenidos que han tenido el acierto de alquilarse a los "líderes". Estos conglomerados están atravesando los peores momentos de su impopularidad y tienen que afrontar la resistencia, franca o encubierta, de las masas: sus militantes se les disparan y ha pasado la época de su crecimiento, ha llegado la hora de su minimización. El PS-1 que va dando vueltas por las graderías del Palacio de Gobierno para ver si se acuerdan de él y le invitan a conformar el gabinete, se ha agotado en su impotencia para expresar políticamente la estrategia del proletariado. Su crisis interna es aguda.

En oposición, el POR se fortalece minuto que pasa y muestra una solidez granítica, lo único que le falta es traducir en organización el enorme crecimiento de su influencia política, precisamente porque se concretiza en la revolución proletaria y en la consecución inmediata del salario mínimo vital, Esto quiere decir que emerge como alternativa de poder, como la respuesta ajustada a la podredumbre burguesa y al golpismo fascista.

La situación del trotskismo boliviano es inédita en escala internacional, como lo demuestra, por ejemplo, la cerrada campaña que contra él han desencadenado el oficialismo, los llamados partidos de izquierda y la burocracia sindical. Es el partido

más combatido porque se ha convertido en el mayor y palpable peligro para la sociedad burguesa. Es la primera vez que irrumpe en el escenario un partido marxista con tan descomunal influencia política, como polo aglutinante del descontento y radicalización de las masas. En la manifestación del primero de Mayo fue posible constatar la afluencia de obreros fabriles que buscaban consignas y panfletos del Partido, lo que pone en evidencia que ese importante sector, al menos en su vanguardia, viene al encuentro nuestro, en lugar de que seamos nosotros los que planifiquemos una marcha hacia ellos. Los grandes carteles con nuestras consignas gustaron muchísimo, algunos elogiaban su buena factura, que también es una forma de expresar identidad política.

Somos la única organización revolucionaria en el escenario, el faro que atrae a los explotados y les señala el camino de la victoria. En resumen: las masas vienen hacia nosotros sin que tengamos que ir a buscarlas a otras tiendas partidistas. Por si fuera poco todo esto, el gobierno se desmorona y la burocracia se encamina a caer en el peor de los descréditos frente a los trabajadores. Si tales son las condiciones políticas imperantes se tiene que concluir que será el POR el partido que dirija la revolución y que su fortalecimiento y ajustes organizativos son imperiosos. Dicho de otra manera: hay que trabajar para el directo ensanchamiento del Partido, sin necesidad de recorrer caminos indirectos para lograr tal finalidad, como es el caso en otros países, donde el trotskismo no pasa de ser un grupúsculo de intelectuales o una organización sumamente pequeña, sin un amplio auditorio en el seno de las masas. En este caso primero hay que lograr hacerse escuchar por los explotados para luego pensar en la posibilidad de acaudillarlos. En Bolivia ese caudillaje se abre como una promisorio e inmediata perspectiva.

Siendo inédita la situación de los trotskistas bolivianos, su táctica tiene también que serlo. Constituiría el mayor de los equívocos el dedicarse a copiar lo que dicen y hacen fuerzas similares en otras latitudes o bien lo que Trotsky escribió para Francia. Cuando un gobierno tambalea ante la oposición multitudinaria encabezada por un partido reformista o centrista, los revolucionarios están obligados a descubrir fórmulas pedagógicas que puedan ayudar a la maduración de las masas. Si en Bolivia a alguien se le ocurriera lanzar la consigna de que el PCB, la burocracia, el PS-1, el MIR, etc tomen el poder para realizar los dictados del "plan de emergencia cobista" no estaría haciendo otra cosa que empeñarse en detener el derrumbe de las ilusiones en los explotados frente a dichos partidos y al programa reformista. No es posible aplicar esta táctica, muy difícil en su desarrollo, y problemática en sus resultados, porque las masas ya se han desprendido de la influencia de la burguesía como gobierno y de sus sirvientes o están siguiendo un proceso acelerado en ese sentido. Se puede concluir que ha llegado la hora del POR y debe trabajarse partiendo de esta certidumbre. La táctica y los métodos organizativos a emplearse deben tener en cuenta esta realidad.

No puede haber mayor equívoco que copiar por chatura mental o servilismo las consignas y experiencia de los pequeños grupos trotskistas del exterior para aplicarlas mecánicamente en el país. Sería una verdadera desgracia que el actor llamado al estrellato no se dé cuenta de que ha llegado su hora.

La política osada en la materia y que hay que aplicar ahora no tiene nada que ver con el aventurerismo de matiz alguno, pues se parte de la constatación de los hechos que tienen lugar ante nosotros y no de suposiciones aventureras de ninguna especie.

Corresponde levantar en alto y con mucha valentía el estandarte de la revolución proletaria y del salario mínimo vital, para así poder acaudillar a las masas hacia la victoria. Ni duda cabe que corresponde seguir ajustando los planteamientos teóricos y tácticos: el programa partidista no puede dejar de transformarse.

Planeada con nitidez la finalidad estratégica (revolución y dictadura proletarias) corresponde afinar las medidas tácticas, particularmente el frente único anti-imperialista, que hagan posible su materialización. Esta labor fundamental tiene que traducirse en el fortalecimiento organizativo del Partido Obrero Revolucionario, sección boliviana de la Cuarta Internacional, es decir del Partido Mundial de la Revolución socialista

Capítulo IV

La situación de la Central Obrera Boliviana

1

La burocratización ha atacado gravemente a la Central Obrera Boliviana y prácticamente la ha apartado del camino revolucionario, lo que ciertamente es una lástima. La obligada respuesta que tiene que darse a este calamitoso estado de cosas es que corresponde reconquistarla para los obreros, a fin de que pueda volver a ser poderoso canal de movilización de los explotados, y órgano de poder orientado hacia el cumplimiento del objetivo estratégico del proletariado.

Para luchar con éxito contra la burocratización es preciso conocer con profundidad este proceso canceroso. Nuestra preocupación es coincidente con la de los obreros: no puede perderse sin lucha una de las mayores conquistas de los explotados, de toda la nación oprimida y del proceso revolucionario. Hay que volver a repetir con toda energía que se trata de derrotar a la burocracia para la salud de la Central Obrera Boliviana, de las confederaciones, federaciones y sindicatos en general. Esta actividad está íntegramente al servicio de la revolución y no de ningún interés subalterno y mezquino.

2

La COB a tiempo de nacer fue un amplio frente regido por la más amplia democracia interna. Una de sus primeras disposiciones se refería al control directo de la institución sobre "sus" ministros de Estado, que se los consideraba revocables no bien perdiesen la confianza de sus mandantes. El principio es magnífico y forma parte de la más sana tradición revolucionaria, pero no pudo ser aplicado. Sin embargo, ya en esos primeros momentos asomó, aunque imperceptible, el germen de la burocratización. Los revolucionarios, así como los obreros de base, confiaban en que la organización controlada por el proletariado podría someter a sus decisiones a todos sus miembros y a sus dirigentes, olvidando que éstos, en definitiva, acabarían actuando conforme a las decisiones de sus partidos. Se dio el caso sorprendente y que alentó muchas ilusiones (que se repetirán más tarde), de que los activistas del MNR a veces votaban junto a la brigada porista, lo que permitía a ésta tener mayoría.

La burocratización comenzó a dar sus primeros pasos por el hecho de que los puestos principales de la COB estaban en manos de la izquierda movimientista, que tardó bastante tiempo para darse cuenta de que era la "izquierda" del partido de gobierno. Ratificando la preeminencia del partido sobre el sindicato, los lechínistas concluyeron ejecutando, tanto en el seno de la Central Obrera Boliviana como del gabinete, las decisiones del MNR. Los nacionalistas de "izquierda", fuertemente influenciados por las masas, estaban viviendo uno de sus períodos de mayor radicalización (Lechín leía los discursos que escribían los dirigentes poristas). Las imponentes, asambleas de la COB tomaban acuerdos sobre diferentes problemas nacionales y "sus" ministros invariablemente suscribían decretos que contrariaban esos acuerdos. La crítica no siempre prosperaba porque el oficialismo, sacando toda la ventaja posible de la

teoría proburguesa del stalinismo; podía siempre operar apoyándose en el Partido Comunista de Bolivia y lograr una mayoría de delegados que se encargaba de dar por bien hecha la actuación anticobista del lechinismo.

El gobierno, en cuyo seno era dirección política el centrista Paz Estenssoro, tuvo que resolver el problema de introducirse tanto en el seno del ala izquierdista del oficialismo como en el seno de la misma COB, con la firme decisión de controlarlos. La maniobra se convirtió en la clave para lograr la estabilidad política. Este fue el mecanismo por el cual la dualidad de poderes se fue resolviendo en favor del gobierno central. Dirigentes políticos ligados a la presidencia de la república y que ocupaban altos cargos en el aparato estatal aparecieron como furiosos sindicalistas y lograron introducirse en la poderosa COB. Ese nuevo equipo "obrero" tuvo como centro aglutinador y como principal portavoz al todavía radicalizado Juan Lechín.

Hay que suponer que las decisiones fundamentales no se adoptaban en las reuniones del organismo laboral, sino en las graderías del Palacio Quemado: Lechín era el encargado de imponerlas, pese a su perceptible sabor de oficialistas, en el seno de la Central Obrera Boliviana, sacando toda la ventaja posible de su prestigio labrado a costa de sus luchas pasadas y de su radicalismo. Se puede decir que el "líder" de la camarilla oficialista metía de contrabando las ideas y la orientación movimientistas en la institución que nació enarbolando orgullosamente la "Tesis de Pulacayo".

El equipo oficialista, actuando alrededor de Lechín, logró, aunque para ello tuvo que vencer muchos obstáculos, controlar a la COB y someterla a la voluntad gubernamental. La operación se vio facilitada cuando un grupo, de intelectuales, que hasta la víspera militaron en el Partido Obrero Revolucionario, se hizo movimientista. El tardío primer congreso de la Central Obrera Boliviana (31 de octubre del 1954) adoptó resoluciones que violentaban la línea política que venía desarrollando desde el momento de su fundación y se colocó incondicionalmente al servicio del oficialismo. En una pantomima montada exprofeso, lo que no pudo ocultar la ridiculez de la farsa, el inefable Lechín declaró a Paz Estenssoro "emancipador económico de Bolivia" y otras tonterías por el estilo, donde la chatura mental se dio la mano con el servilismo obsecuente. La camarilla estranguladora de la COB revolucionaria estaba segura que Paz Estenssoro se había alineado dentro de una política izquierdista, este adjetivo es tan amplio y vacuo qué, en definitiva, puede aplicarse a cualquiera.

El MNR en el poder fue uno de los grandes corruptores del sindicalismo. Teniendo el monopolio de la distribución de cupos de artículos de consumo en una época de acentuada escasez y manejando discrecionalmente los recursos económicos fiscales, pudo, aprovechando su estado de miseria, doblegar a muchos luchadores sindicales y transformarlos en instrumentos incondicionales del oficialismo, Lentamente se fueron sedimentando los cuadros de la burocracia, siempre teniendo como eje al "revolucionario" Lechín. La camarilla fortaleció sus vinculaciones internas con la argamasa de intereses políticos y económicos, todos ellos espúreos si se los refiere a la estrategia del proletariado.

3

La línea de la dirección de la COB (decir la línea de la COB, no de su dirección, equivale a referirse a los sentimientos y conducta de los obreros de base) fue

siempre oscilante. Partió del radicalismo plebeyo de 1952, se desplazó hacia las trincheras MNR-oficialistas, luchó contra el viraje pro-imperialista de Siles, que pretendió dividir los sindicatos e impuso el imperialista plan de estabilización a costa del agravamiento de la miseria popular, para retornar en 1970 al encuentro de las raíces de la "Tesis de Pulacayo", posteriormente disparó hacia las posiciones de la burguesía democratizante y continúa ahí, convertida en bastión del gobierno antiobrero, antinacional y proimperialista del nacionalista burgués Hernán Siles. Pese a estos continuos virajes, muy pocos burócratas han caído en las sucesivas volteretas; la camarilla burocratizada se ha ido consolidando, extendiéndose hacia las federaciones e inclusive sindicatos de base. Ahora es un aparato impresionante que ha dado pruebas de su capacidad de estrangular la voluntad y el pensamiento de[grueso de los trabajadores.

Conviene anotar que la presencia de la UDP en el poder ha dado lugar a que los partidos que la conforman, que cuentan o contaban con militancia obrera y con fama de ser "izquierdistas" y hasta "socialistas", se sumen a la burocracia, que ahora actúa con un equipo, que ciertamente muestra contradicciones internas, encargado de ejecutar la política e instrucciones del gobierno burgués. Así se explica que oficialismo y burocracia cobista y sindical actúen, en definitiva, en el, mismo sentido, prestándose apoyo recíproco, defendiéndose entre sí en los momentos de peligro. El factor fundamental está conformado por los dirigentes del PCB, que han puesto todo su aparato y su impresionante poderío económico, esto pese a la limitación de sus efectivos, al servicio de la camarilla burocrática. Tales las razones que tornan sumamente difícil la lucha antiburocrática, pero que tiene que llevarse a cabo por ser imprescindible para libertar a las masas y permitirles encaminarse hacia la revolución.

4

Lechín virtualmente carece de partido (no merece ese nombre el puñado de prínistas que vegetan bajo el ala protectora de su caudillo) y de seguidores disciplinados y organizados. Paulatinamente su apoyo obrero se ha ido desplazando más y más hacia los sectores atrasados y conservadores. Su carta de renuncia a la dirección de los mineros capitalizó la tendencia a la inercia y el sentimiento de amplios sectores de no dejar abandonado a quien se "ha sacrificado" por decenios; ese fue su resultado, no sabemos si buscaba esa finalidad o si realmente su autor está decidido a ser candidato presidencial.

Se mantiene en la dirección porque muchas veces representa el punto muerto o conciliatorio entre las tendencias políticas en pugna dentro del sindicalismo. Por otra parte, logra apoyo de los grupos más diversos porque tiene en sus manos el reparto de los cargos directivos y porque puede hacer otras concesiones menores y encubrir las suciedades cometidas por algunos dirigentes. La burocracia se ha visto fortalecida últimamente por el franco apoyo que le presta el gobierno, que se vería en serios aprietos frente al empuje de las masas si no estuviesen en el escenario los Lechín, los dirigentes del PCB, etc.

Lechín es un movimientista vergonzante, un contrarrevolucionario que ahora vive nutriéndose del gran prestigio de la COB como entidad revolucionaria. Su habilidad de cabalgar siempre en dos potros, de entenderse simultánea y ocultamente con

la izquierda y derecha, su cinismo, su exhibicionismo, su ilimitada ambición de convertirse en la figura central del acontecer nacional, lo potencian como el burócrata número uno del país. En determinadas condiciones y por breve tiempo, puede siempre fortalecerse quien tiene la sinvergüenzura de ligarse a Chan-Kai-Shek y a Castro, esto para citar un solo ejemplo. Si se lanza al electoralismo no tendrá el menor reparo en presentarse como el portavoz de una nueva postura política, extraña y equidistante tanto del comunismo como del capitalismo, claro que todos saben que esto no es más que una cansadora repetición de las posiciones terceristas del peronismo, del nasserismo, etc.

5

¿Cuál el papel concreto que actualmente cumple la burocracia? No solamente es freno y factor desmovilizados de las masas de mayor importancia con que cuenta el gobierno burgués, sino que se ha visto obligado a convertirse en un franco combatiente contra las tendencias que pugnan por el cumplimiento de los objetivos estratégicos del proletariado: la revolución y dictadura proletarias. Hoy, más que nunca, aparece inconfundible su carácter contrarre-volucionario, proburgués y proimperialista. Su objetivo máximo es el cogobierno con la burguesía, colaboración que ya se da en el plano de la COMIBOL como cogestión, cuya incapacidad para resolver los grandes problemas de las minas es manifiesta. Los obreros siguen una línea contraria, siguen usando la acción directa (no la cooperación) para arrancarles concesiones. El año de la cogestión ha sido también el año de las marchas y ocupaciones obreras de las instalaciones de la empresa.

Al asumir un papel tan lamentable y tan sucio no podía menos que chocar violentamente con la prédica y la acción del Partido Obrero Revolucionario, que encarna los intereses históricos de la clase obrera y la táctica que conduce a la victoria. La lucha de clases (proletariado, como caudillo nacional, contra la burguesía nativa como agencia del imperialismo) aparece en el plano sindical y que ciertamente se proyecta al nacional, como lucha entre el frente burocracia UDP y el POR. El resultado de este combate señalará las perspectivas de la revolución. El enemigo tiene mucho poder y su derrota importará la derrota del propio gobierno. Una vez más se demostrará que las leyes y las fuerzas de la historia son más poderosas que todos los aparatos burocratizados. La burocracia combate con la mentira, la falsificación y la impostura, a quienes tienen su mejor arma en la verdad porque encarnan el porvenir de la humanidad y porque su victoria se verá facilitada con el conocimiento de las leyes de la transformación de la sociedad.

No nos engañemos, en el centro de la gran disputa sindical y en la que se libra en el escenario nacional, se encuentra el Partido Obrero Revolucionario, encarnación de la revolución proletaria, gobierno obrero-campesino, y del salario mínimo vital con escala móvil. No se trata de que una ocurrencia partidista hubiese cobrado inusitada notoriedad sin saberse por qué, sino del choque entre la expresión política de la rebelión de las fuerzas productivas contra las formas de propiedad imperantes y los mantenedores de la gran propiedad privada y del sometimiento del país a la opresión imperialista. Dicho de otra manera: las fuerzas del progreso y de la transformación revolucionaria, personificadas en el POR, han entrado en franca contradicción con los representantes de la regresión, del pasado y de la conservación del estado actual de cosas, que supone la persistencia del sometimiento nacional al imperialismo, que

no otra cosa es el gobierno de la UDP, tan eficientemente servido por la burocracia sindical. Como se ve, se trata de una lucha inevitable y necesaria y cuyo desenlace puede permitir que Bolivia se incorpore plenamente a la civilización e impulse poderosamente el desarrollo de toda su potencialidad económica, de sus fuerzas productivas.

La burocracia sindical se pinta de cuerpo entero como reaccionaria e instrumento de la burguesía en el poder, cuando grita destempladamente que la prédica en favor de la revolución y dictadura proletarias (gobierno obrero-campesino) es una provocación y hasta inclusive una postura reaccionaria. La revolución proletaria es la expresión de las descomunales energías que despiertan en las masas en el transcurso de la lucha, de su urgencia de libertarse y de acabar con una situación que se ha tornado insoportable; es la respuesta revolucionaria a la traición de la Unión Democrática Popular y de la burocracia sindical; es el camino que puede permitir que se selle la liberación nacional de la opresión imperialista y se sepee por siempre al fascismo.

No son los trotskistas los que han inventado la revolución proletaria, ellos se limitan a lanzar oportunamente la consigna. Se trata de una tendencia instintiva de quienes producen plusvalía y que a lo largo de la historia se transforma en conciencia, en política revolucionaria, en la única auténticamente revolucionaria, en consigna movilizadora, momento en el que se trueca en fuerza material al apoderarse de las masas. En la actualidad estamos viviendo este último proceso: con avances y retrocesos, pero en definitiva siempre en ascenso: la revolución proletaria se va apoderando de los explotados.

La burocracia, de la misma manera que el gobierno, recurren a su última carta en el empeño de contener y desarmar a las masas: la amenaza del golpe ultraderechista y gorila y de aquí deducen que hay que sacrificar todo, hasta el porvenir del hogar y de los hijos proletarios, a fin de preservar el proceso democrático. El genio popular escribió un cartel el primero de mayo que decía: "democracia con pan". El obrero del llano sabe perfectamente que no hay democracia sin pan. Cuando los burócratas discursen acerca de las bondades de las libertades democráticas, uno se extraña que no las apliquen en la actividad sindical. Pero, aquí no acaba la democracia, es únicamente uno de sus aspectos, que hay que defender y procurar que alcance a las masas en general. El proceso democrático es nada menos que la realización de las tareas burguesas y el pleno desarrollo de la forma de gobierno representativo y parlamentario y todo esto está ausente en Bolivia. No hay proceso democrático que defender ni profundizar.

Argumentar que de la democracia (para los burócratas "democracia" en general, asexuada, por encima de las clases.) burguesa o formal y no de una de masas o proletaria, pues para ello antes habrá que tomar el poder, no puede pasarse a la dictadura del proletariado (por primera vez una auténtica democracia para la mayoría de la población) equivale a sostener que no puede darse ya la revolución o que esa "democracia" es equivalente a ésta.

El POR no dice desconocer o acabar tal o cual libertad democrática, sino acabar con la burguesía inepta, que ha llegado al extremo de ya no poder alimentar a sus esclavos, a fin de poder desencadenar a las fuerzas productivas y lograr un descomunal salto en el desarrollo económico. No se trata de atentar contra ningún proceso democrático (repetimos inexistente), sino de barrer a la dictadura burguesa con su caricatura

parlamentaria y otras antiguallas de la misma especie.

El gobierno de la UDP ya no puede resolver los problemas nacionales y sociales, ya no gobierna; si se persiste en permanecer dentro de esa situación se corre el riesgo de acabar con el propio país, de trabajar aceleradamente para que sobrevenga un golpe fascista que nos hundirá en la barbarie. Es este proceso político el que conduce a la revolución proletaria, el único camino de progreso y de transformación revolucionaria.

Los burócratas incurren en una falacia cuando sostienen que frente a la democracia no hay más alternativa que el fascismo. Esto es una mentira alimentada de ignorancia y mala fe. Las masas explotadas, la clase obrera, son ellas mismas la opción ante el fascismo y la ineptitud y hambre burgueses disfrazados de democracia: la verdadera alternativa es la revolución proletaria y la vemos incorporarse.

Ya no puede haber la menor duda: el frente UDP-burocracia, enemigos jurados de la revolución proletaria, encarna a la contrarrevolución; el POR es la revolución proletaria y expresa las tendencias antiburocráticas que se agitan en las masas. La sucia campaña que la reacción ha desencadenado contra el trotskismo, no puede menos que enorgullecernos.

El gobierno débil e inestable de la "democrática" UDP (la dictadura blanda no encuentra aún fuerzas para endurecerse) no puede permanecer indefinidamente. El udepismo y la burocracia, al emplearse a fondo en la tarea de apartar a los explotados de su verdadero objetivo y pugnar por mantener a flote una tabla podrida. no hacen otra cosa que trabajar en favor del golpe fascista.

6

La lucha y aspiraciones de las masas se concentran en una fórmula sencilla: imponer de inmediato el salario mínimo vital con escala móvil referida a los precios. Los intrincados problemas de la economía y las enrevesadas fórmulas políticas se simplifican y resuelven en el salario mínimo vital, respuesta que unifica a los explotados y les proporciona un objetivo palpable por el cual luchar.

La burocracia brutal no ha podido arremeter tan bestialmente contra esta consigna como lo ha hecho con la dictadura del proletariado, por la sencilla razón de que fue levantada no hace mucho, durante el gobierno Vildoso. No ha sido frontalmente combatida, por cálculo y cobardía, pero ha concluido siendo escamoteada.

Los dirigentes corruptos no se cansan de decir, de dientes para afuera, que nunca abandonarán la batalla en pro del salario mínimo vital, pero la colocan en un segundo plano y lanzan a los explotados cualquier bagatela para que se distraigan mientras ellos negocian interminablemente con el gobierno de los explotadores. Se añade que el salario mínimo, que no es más que el equivalente de lo menos que puede comer un ser humano, debe postergarse para el futuro indeterminado porque constituye una reivindicación socialista. Esta vez: el cinismo llega a niveles insospechados. En la sociedad sin clases no habrá salario, pero tampoco la corrupta burocracia sindical.

Los burócratas juegan irreponsablemente con los hambrientos. En algún conflicto, Lechín sostuvo que el salario mínimo vital fue planteado no con la finalidad de que se materialice, sino simplemente para asustar a los interlocutores y poder arrancarles algunas migajas como concesiones.

Otra cosa es que la burguesía nativa, representada por Siles, por Paz Estenssoro o por Banzer, ya no pueda conceder una reivindicación tan modesta y que alcanza a toda la mayoría nacional. Esta es una prueba más de su total incapacidad. La lucha por su efectivización puede llevar a las masas a convencerse de que deben ser gobierno, es pues una reivindicación transitoria.

7

La amenaza del golpe gorila persiste, aunque nadie puede asegurar que pueda darse en este preciso momento; persiste porque el "demócrata" Hernán Siles no ha tenido la capacidad ni ha querido aplastar al gorilismo, que permanece agazapado en los cuarteles, en los subterráneos del narcotráfico y en las grandes empresas. Si no se produce la revolución proletaria -hay que repetirlo- se precipitará el golpe ultraderechista. El Partido Obrero Revolucionario ha dado su respuesta desde el punto de vista de los explotados y la burocracia no ha respondido al planteamiento, se conforma con recitar su letanía de que no hay que hacer ruido para que no despierte el cuco. Las masas dueñas de las calles, de los centros de trabajo y de los caminos, inmovilizarían a los golpistas y prepararían las condiciones para su definitiva derrota. Desmovilizar a las masas, desarmarlas ideológica y políticamente es la mejor forma de coadyuvar a los trajines golpistas de la derecha. Nuestra lucha contra la burocracia no busca fracturar a la Central Obrera Boliviana o a los sindicatos, sino contrariamente, consolidar su unidad partiendo de la democracia interna y del derecho irrestricto a la crítica.

8

Los explotados son soldados de la lucha de clases y tienen necesidad de conocer a su enemigo con toda nitidez. Esa lucha de clases es irreconciliable y, como sostuvo Lenin, conduce a la dictadura del proletariado, no permite transacciones, promedios, colaboracionismo. Este no es el criterio de los burócratas, que están seguros que los problemas del mundo se solucionan charlando con el enemigo de clase, haciéndole concesiones, en verdad, entregándole al movimiento obrero.

El burócrata Lechín cree que su talento de maniobrero se resume en las conversaciones con la empresa privada, con, los explotadores, e inclusive hasta con el gobierno norteamericano, que oprime a todo el país y explota directamente a los obreros, representado esta vez por el "diplomático" de dudosa carrera que dice llamarse Corr.

Los burócratas y el que cualquiera puede conversar con los burgueses o imperialistas, esta es una cosa. Otra muy distinta es que el diálogo con los verdugos y explotadores se convierta en una norma de la conducta sindical. Sabemos perfectamente que Lechín busca por camino tan tortuoso ganarse la confianza de imperialistas y burgueses; pero, es sumamente perjudicial para las masas porque puede concluir despertando

en ellas ilusiones acerca de la bondad de los opresores, de la posibilidad de un total entendimiento con aquellos. De esta manera se siembra la confusión y malos entendidos acerca de quién es el verdadero enemigo.

En el contrarrevolucionario Lechín es normal el entendimiento con los empresarios y los imperialistas, pero es del todo dañino para el movimiento obrero. Esa conducta debe ser enérgicamente rechazada. Los dirigentes sindicales honestos no pueden perderse en los recovecos de los diálogos con los opresores, salvo que se trate de conflictos laborales, y menos con el gobierno de la burguesía que tanto daño hace al país oprimiéndolo y saqueándolo. El proletariado no tiene que conversar con la burguesía, mostrarle que también tiene buenos modales, sino aplastarla y aplastarla en lucha franca y ciertamente brutal. Se ha llegado al extremo vergonzoso de que la alta burocracia de la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia colabora con el gobierno norteamericano en un programa de lavado cerebral de los hijos de los trabajadores de las minas.

Nota

Nos ha parecido del todo innecesario el tener que fundamentar el derecho que nos asiste, igual que a cualquier obrero, de criticar y en el tono más airado, la conducta de la burocracia sindical y de Lechín.

Al combatir a la burocracia permanecemos fieles a la tradición marxista. Los documentos sindicales adoptados por los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista son remarcables por su antiburocratismo.

Mayo de 1984.

Advertencia obligada

Durante el mes de abril de 1984 tuvo lugar una punzante polémica entre el burócrata sindical Lechin y el autor del presente escrito, se reproducen algunos documentos que pueden contribuir a fijar las posiciones en las cuestiones en discusión.

1

El dirigente de la Central Obrera Boliviana sostiene que el trotskismo buscó que los estudiantes lidericen a los obreros y que el Partido Obrero Revolucionario se de los sindicatos. Nadie como el POR ha enseñado que los estudiantes no pueden dirigir la revolución y que les corresponde subordinarse a la estrategia de la clase obrera, a la revolución y dictadura proletarias. Es una ambición legítima e inobjetable ganar influencia ideológica en el seno del movimiento obrero y llegar a ser dirección sindical. El burócrata cree que los sindicatos son su hacienda privada.

2

El POR criticó al gobierno nacionalista burgués de izquierda del general Juan José Tórres y, afirmando la independencia de clase, proyectó a las masas hacia la conquista del poder político.

Conocimos la dictadura fascista porque la nación oprimida por el imperialismo no consumó su revolución, que ciertamente no estaba destinada a consolidar al general Tórres, sino a estructurar un nuevo Estado, la dictadura del proletariado. Esta última consideración bien puede aplicarse al gobierno de la UDP.

3

Está escrita mi opinión sobre el dirigente sindical: si ocasionalmente fue obrero, ha dejado de serlo, no por su "elegante bufanda tipo 'Ascot' (T. Córdova)", sino porque actúa como instrumento de la política buguesa, por encarnar a la burocracia laboral que necesita Siles para mantenerse en el poder. Es absurda la sindicación de que hubiese incitado a las estudiantes para que insulten al intocable don Juan Lechín.

4

Si Lechín creyera en su acusación de que en 1946 el POR "se sumó a la rosca y al PIR", le correspondería autocriticarse, pues en esa época trabajaba bajo la dirección porista, leía los documentos que se le escribían, transmitía al medio obrero la consignas partidistas (noble tarea) y se esforzaba por capacitarse, no siempre con éxito, en la folletería que se le entregaba.

La deducción obligada: el elemento captado por el trotskismo se habría unido a la rosca para colgar a Villarroel. El POR se formó en el combate contra el PIR y bajo

el gobierno RADEPA-MNR se acuñó el rótulo "nazi-trotskyista" para sindicarse a los poristas de servir a la dictadura y no a la "democracia" norteamericana. Bajo la poderosa presión político-ideológica de las clases sociales en pugna, aparecieron en el POR de los años cuarenta tendencias filo-stalinistas (años más tarde se detectarían planteamientos nacionalistas, foquistas, etc.). Y sus sustentadores concluyeron trasladándose a otras tiendas políticas.

Los partidos políticos no se definen por los planteamientos disidentes, sino por su programa y dirección oficiales. Lechín cita al universitario Fernando Bravo (poco después rompió con el Partido y se hizo pablista) como participando en la toma de la Prefectura de Oruro (1946), pero olvida añadir que no tuvo el menor reparo de trasladarse a apaciguar a los centros mineros acompañado por ese elemento.

La historia enseña que el POR luchó con firmeza contra el bloque conformado por la rosca y el stalinismo, al mismo tiempo que impugnó a Villarroel, desde la trincheras izquierdista obrera, por su tibio reformismo, por los esfuerzos que hacía por identificarse con el Departamento de Estado y por su incapacidad para consumar la liberación nacional; enseñó lo que era la independencia de clase y la estrategia propia del proletariado. Es con este POR, inmerso en la formación de una tendencia revolucionaria con las avanzadas de la clase obrera que trabajó Lechín. En nuestro primer encuentro me dijo que con Villarroel no se libertaría a los obreros; se tomó la decisión de que se formaría política y teóricamente en las filas trotskystas, lo que no se logró porque llegó muy viejo, con graves complicaciones de tipo social y familiar, que concluyeron opacando sus cualidades y potenciando sus defectos. ¡Una lástima! Es absurda la afirmación de que los poristas fueron a la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia a cumplir tareas de secretaría. La verdad es que fueron a enseñar a su dirigente máximo cómo debía actuar al servicio de la clase obrera.

5

Estamos frente a Lechín que se pierde en chismes y nimiedades, incapaz de emprender el vuelo de águila que precisa la lucha de clases como política.

Empequeñeciéndose a sí mismo gritó como un energúmeno: "yo hice diputado a Lora y ahora me manda a insultarme". ¿Esa es la política que hace? Su regla maestra de conducta: un favor se debe pagar con la obsecuencia. El Bloque Minero Parlamentario fue el resultado de un pacto político entre el POR y la FSTMB. Como era de esperarse mi Partido me designó como su candidato al parlamento.

Inventa y presenta cínicamente un episodio que nunca sucedió: "Lo salvamos de una pateadura; fue golpeado con guardatojos y hospitalizado". Nunca ingrese a un hospital en parte alguna de la tierra y en mis relaciones con los obreros, coincidentes o discrepantes, jamás se recurrió a la violencia física. No pocas veces el POR ha criticado severamente las actitudes asumidas por las masas contra sus propios intereses. En el congreso minero de Telamayú las posiciones poristas fueron derrotadas; las masas trabajadoras estaban retrocediendo. Un coche-cama estacionado en Atocha servía de despacho al pursista Monasterio, ministro de Trabajo de Enrique Hertzog, con el que trabajó nuestro héroe en el intento de revisar la "Tesis de Pulacayo", ya reconocida como la biblia del movimiento obrero boliviano. En las reuniones del congreso dije

abiertamente a Lechín que era un contrarrevolucionario y agente del gobierno de la gran minería.

6

Juan Lechín añadió que desde entonces me convertí en su enemigo personal. Una enemistad de este tipo supone que necesariamente existe algo en común entre ambos contendientes. Sin embargo, nuestras vidas, nuestra concepción política y hasta nuestras ambiciones siguen direcciones totalmente opuestas y hasta excluyentes.

La verdad es que el POR combate a Lechín desde que lo cogió con las manos en la masa, trabajando al mismo tiempo con la rosca y con la izquierda, una constante en toda su historia. Es famoso como jinete que, cabalga dos potros al mismo tiempo.

7

Se relame al relatar que Ho-Chi-Ming eliminó a los trotskystas, que buscaban empeñosamente consumir la revolución indochina bajo la dirección y estrategia de la clase obrera, la revolución y la dictadura del proletariado. El líder stalinista asesinó en masa a la dirección marxleninista. ¿El dirigente sindical boliviano se apresta a convertirse en el cuchillo al servicio de la reacción?

Admira a los dictadores sátrapas y reaccionarios de la línea stalinista y olvida, por ejemplo, que no puede menos que despertar admiración el holocausto del gran Ta-Thu-Tarng o de Chen-Tu-Shin, fundador del Partido Comunista Chino, que acabaron siendo eliminado físicamente por Mao.

En Cuba, el trotskysmo prácticamente desapareció después de su equivocado apoyo al nacionalismo democrático de Grau San Martín, que eso mismo nos sucedería si cometiésemos el error de apoyar al gobierno nacionalista de contenido burgués, presidido por el contrarrevolucionario doctor Hernán Siles Zuazo. Fidel Castro arremetió, en un discurso pronunciado en la isla, contra los posadistas extra-terrestres, con los que el Partido Obrero Revolucionario no tiene nada que ver.

Nos opusimos públicamente y para permanecer fieles a nuestra línea revolucionaria, a la táctica oportunista, suicida y aventurera del morenismo seguida en Nicaragua, en el seno del FSLN y denunciarnos como un atentado contra la democracia revolucionaria la expulsión de la llamada "Brigada Simón Bolívar".

Fecha ut supra